

LA SEÑORITA MONTECRISTO

PRIMERA PARTE

LOS DIAMANTES DEL CAFRE

I

Al Nordeste de la parte austral del vasto continente negro, entre el Limpopo y el Sterstrom, á poca distancia de la frontera portuguesa y sobre el suelo transvaaliano, encuéntrase un territorio tan pintoresco como fértil, á donde, hace ya 15 años, los europeos, más audaces que los mismos boers—acaso más ávidos de riqueza—habían venido á buscar los recursos que no les suministraba la madre patria.

Aventureros, forzados y desertores de presidio, hijos de familias, ávidos de volver á dorar su blasón, honrados como resueltos á roturar aquella tierra todavía virgen, todo este mundo, obedeciendo á móviles diferentes, pero persiguiendo un fin idéntico, venía á iniciar una lucha áspera y llena de peligros.

Los unos buscaban en la agricultura y la domesticación una fuente de provechos, muy escasos al principio, pero que á la larga, debían compensarles ampliamente de los sufrimientos pasados.

Estos eran los más advertidos.

Otros, ávidos de goces, impacientes por enriquecerse, llegaban á minar ansiosamente el suelo en busca del metal precioso que se decía abundaba allí mucho.

¡Ay! ¿cuántos de estos conseguían realizar su sueño?

Para algunas pepitas sacadas por algún buscador favorecido, ¡cuántos desdichados

duermen su último sueño en la fosa de la que habían esperado sacar su fortuna!

Y, sin embargo, los infortunios que azotaron á los primeros emigrantes, no hicieron jamás retroceder á sus audaces sucesores.

A pesar de las dificultades que presentaba la colonización en estas regiones ingratas, á pesar de la proximidad peligrosa de tribus belicosas y siempre prontas á vengar las invasiones de su suelo, á pesar de la enorme desventaja que las empresas de este género ofrecían, abundaban los buscadores de oro y los agricultores en el norte de Transvaal en la época en que comienza este relato, es decir, hacia fin del año 1889.

Eran muy numerosos estos atrevidos zapadores, y con todo, la mayor parte vivían en una soledad casi completa.

Es que en el desierto en que ha plantado las primeras piquetas de su «kraal», el agricultor como el aventurero no debe contar más que con él mismo y con los que le han seguido; hasta tal punto son poco prácticos los medios de comunicación y grandes las distancias de mina á mina y de granja á granja.

Sucede, no obstante, que ciertos colonos, obedeciendo á este instinto que lleva á los hombres á reunirse, se establecen á distancias relativamente cortas, que apenas suponen unos cuantos kilómetros.

A menudo también es el azar el autor único de estas aproximaciones.

Tal era el caso para las dos residencias que encontramos establecidas en las riberas del Sterkstrom, donde ha de desarrollarse una parte de los acontecimientos que vamos á referir.

Diferentes por su sistema de construcción y sus dimensiones, tanto como por la personalidad y el origen de sus propietarios, hallábanse unos y otros enclavados sobre